

LA LITERATURA DE AL-ANDALUS Y LOS ANIMALES

Ilmo. Sr. D.Camilo Alvarez de Morales

Quien se acerca por primera vez al mundo de la árabes, o para ser más exactos a su civilización y su cultura, suele hacerlo con algún prejuicio, que en unos casos es positivo y en otros bastante negativo. O bien se siente atraído por la fascinación de los cuentos medievales o la literatura romántica y espera encontrar un mundo lleno de sedas, piedras preciosas, perfumes, y oro o bien mira a un pasado muy cercano de nuestra historia o a la realidad presente del mundo actual, para considerar todo lo que es *cosa de moros* de una manera deformada y falta de realidad.

Es también normal que lo árabe sea considerado en nuestra historia como algo extraño. Así nos lo han enseñado a todos. Y no hablo sólo de la enseñanza media. También en la superior, al menos hasta hace relativamente pocos años, Al-Andalus, la España que quedó bajo la influencia del Islam, era otra España con la que nada teníamos que ver y que despertaba poco interés en los libros de texto.

Todo es revisable. Lo primero que tenemos que plantearnos es que hablamos de una época concreta, de un momento histórico determinado y de una situación política, económica y cultural centradas en un tiempo y en una geografía. No caigamos en la absurda tentación de comparar el mundo de entonces con el de hoy. Podría ser tan disparatado como pretender entender el Imperio Romano o la Grecia clásica a través de la Italia o la Grecia de hoy.

Aquello fue otro mundo en el que hubo de todo. Hubo oro y hubo barro, alegrías y penas, ocio y trabajo. Hubo poetas y príncipes, y también obreros y guerreros. Su sociedad no fue distinta de la sociedad de otros países. Ni mejor ni peor.

Y aquella sociedad, aquella cultura fue de España. Parece un sino triste para los andalusíes que siempre hayan sido considerados extraños. En la Edad Media, cuando Córdoba era la cabeza de la civilización occidental, en el Oriente islámico se le consideraba extranjera, lejana y traidora a su religión y sus orígenes, porque decían que convivía con los cristianos. Para éstos, no dejaba de ser algo que de repente había entrado en su historia y que tenía mucho en común (lengua, religión, costumbres) con el Norte de Africa, Egipto y Bagdad. Y sin embargo, la lógica acabó imponiéndose en el suelo de la Península y al cabo la convivencia se hizo normal durante largos períodos.

Tenía que ser así. Si pensamos que en los primeros momentos de la llegada de los musulmanes sólo vinieron hombres, los enlaces con mujeres visigodas era la única salida y, además, inmediata. Quiere esto decir que al cabo de pocas generaciones el porcentaje de sangre árabe y el de sangre latina estaba más que equilibrado. Hay casos tan significativos como el del califa 'Abd Al-Rahman III, nieto de la reina Toda de Navarra, primo de Sancho el Craso, pelirrojo y con los ojos azules (se decía que

cuando tenía que recibir embajadas de Oriente se ponía una peluca y se teñía los ojos con kuhl). Su papel en la política de España fue tan relevante que a él acudían las cortes cristianas a pedirle consejo, ayuda o arbitrio. No existía, o al menos en el grado que creemos, impedimento étnico: tampoco de lengua porque parece que el pueblo hablaba romance y que el árabe puro se utilizaba en escritos oficiales o como lengua culta. Era, en definitiva, un mundo en que la convivencia era normal. Ha sido la historia de siglos posteriores la que nos ha ido alejando, la que ha separado de modo tan radical las dos Españas que ha conseguido hacérnosla extraña.

Pero no conviene tampoco que miremos hacia atrás con tanta fiijeza que deformemos la realidad. Aquello fue así, pero aquello acabó, como otros imperios y otras culturas han acabado. Terminó su ciclo y no podemos caer en la falsa idea de que podía durar siempre. Si cayó fue porque otros más fuertes lo desplazaron. Si hoy pretendemos imponer la idea de que resucitándolo volveríamos a encontrar el mismo esplendor, sería tan falso como pretender que resucitando al viejo que murió cargado de años y de achaques lo encontraríamos convertido en un mozo robusto. Eso es milagro y sólo a Dios corresponde. Los demás nos debemos de contentar con acercarnos a él, a este mundo pasado, llenos de curiosidad por conocerlo. Del conocimiento saldrá unas veces la admiración, otras, quizá la desilusión; pero cuanto más profundicemos más cerca estaremos de la verdad.

Este preámbulo, largo y temo que fastidioso, lo que viene a decir es que cuanto ahora exponga no va a estar lleno de maravillosos prodigios, pero tampoco quiero que parezca ridículamente gracioso. Me gustaría dar la imagen de un pueblo que, como ya he dicho, ha cumplido su papel en la historia y nos ha legado unos conocimientos que ahora estudiamos. Pero que no era nada anormal ni para bueno ni para malo. Si al mundo latino nos acercamos con respeto, porque lo merece y porque lo creemos nuestro, la misma actitud debemos observar con cuanto a los árabes se refiere.

Los árabes dedicaron pocos textos a los animales, de una forma específica. Es escasísima la literatura que sobre ellos hay, sobre todo, es muy poca la literatura que podríamos llamar veterinaria. En lo que a la España musulmana se refiere, prácticamente no hay nada, salvo algunos manuscritos que, casi siempre, se dedican a los caballos. Es poco lo que hay y además es poco asequible. Una gran parte se conserva en manuscritos, no muy bien conocidos incluso para muchos especialistas. Dentro de este tipo de obras suelen ser más frecuentes las que contemplan aspectos relacionados con la doma, los atalajes o los distintos tipos de monta. Mucho menor es el número de tratados que se ocupan de aspectos veterinarios.

También se habla de los animales en las obras literarias, tanto en prosa como en verso, aunque tampoco son muchas y, además, cuando lo hacen suele ser utilizando imágenes, metáforas, contando anécdotas o cualquier aspecto que poco tiene que ver con lo que a nosotros puede interesarnos.

Sin embargo, hay otro tipo de textos que sí nos proporcionan información sobre animales. Es una información que mezcla aspectos prácticos con otros de tipo mágico-supersticioso, nos habla de cómo son físicamente, qué enfermedades padecen, cómo se curan (y aquí es donde la magia hace su aparición) y, en general, cuanto de un animal resulta útil conocer. Útil y muchas veces lleno de curiosidad. Estoy hablando de los tratados de agricultura.

Los tratados agrícolas andalusíes suelen tener un contenido y una estructura bastante uniformes. Comienzan describiendo los distintos tipos de tierra que el agricultor puede encontrarse, pasan luego a hablar de una larga serie de formas para modificar la contextura de la misma y prepararla para que en ella se siembre lo que en cada caso se requiera y, con la tierra ya dispuesta, comienzan a hablar de los vegetales cuya utilización se considera interesante, detallando su aspecto, modo de siembra, cultivo y recolección. También es frecuente que se especifique su importancia en la alimentación, teniendo en cuenta lo de positivo que puede aportar, lo sabroso que resulta (a veces se dan incluso recetas culinarias), las enfermedades que pueden producir, y una larga serie de detalles que no es el momento de recoger. Se les suele estudiar por grupos que presentan afinidades: cereales,

hortalizas, frutas, frutos secos... También se analizan las plagas que pueden atacarles y el modo de combatirlos.

El proceso de cada una de las etapas de preparación de la tierra, siembra, cultivo, etc., suele describirse con bastante minuciosidad revelando, en no pocos casos, que en Al-Andalus los agrónomos, o al menos los más destacados, hacían un tipo de agricultura experimental, tal como yo lo entiendo, es decir, realizaban una serie de pruebas a nivel reducido, tal vez en los jardines botánicos a los que casi todos los que escribieron obras de agricultura estaban vinculados (no sé si será demasiado arriesgado llamarlas “pruebas de laboratorio”); tras aquella serie de pruebas a pequeña escala, y cuando ya se conseguían resultados positivos, trasladaban sus experiencias a pequeñas parcelas, ya en el campo, con condiciones de clima, tierra, y fauna absolutamente naturales. Sobre este segundo ensayo se realizaban las modificaciones oportunas y, finalmente, se llevaban a la práctica a escala de explotación normal.

Volviendo a los textos agrícolas, es frecuente que la parte final de cada obra esté dedicada a los animales domésticos, incluidas las abejas, que aún sin serlo, sí resultan beneficiosas para el hombre. De los dañinos se ocupan al hablar de los cultivos de los distintos vegetales, en donde se estudia el modo de exterminarlos o ahuyentarlos.

Es práctica normal que cuando un árabe de la Edad Media escribe sobre cualquier tema científico (y aquí incluso el derecho) cita los autores de los que ha tomado sus noticias. No podía ser distinto en la literatura agrícola. En cada momento se va indicando quién aconseja tal o tal práctica, de dónde procede tal o cual noticia, en qué región se emplea un determinado procedimiento. Esta continua cita de autores y obras tiene su utilidad y, entre otras cosas, nos permite averiguar modos de cultivo o prácticas en uso por civilizaciones, como la nabatea, ya pasadas, o conocer fragmentos de obras perdidas, que gracias a ellos vuelven a tener actualidad. De este modo, cuando nos acercamos al estudio de una obra de agricultura árabe, vemos cómo las citas a los autores griegos, además de ser continuas, van a referirse en la mayoría de los casos a aspectos de tipo fantástico. Indudablemente, los eruditos musulmanes, que conocían bien la cultura griega, sabían que no todo era magia, pero, sin embargo, y tal vez debido a condicionantes religiosos, todas las opiniones que relacionan magia o superstición con prácticas agrícolas, tienen como fuente de conocimientos a autores griegos. Los aspectos prácticos, por contra, están tomados de autores árabes y, bastantes casos, son producto de la observación directa de quien lo escribe.

Y ya que han sido mencionados los griegos, vamos a seguir con ellos. Prácticamente en todas las ramas del saber, los árabes tomaron noticias de los griegos. Cuando en los primeros siglos de implantación del Islam por el mundo que hasta entonces había sido bizantino, se establece el califato de los abbasíes en Bagdad, el califa Harun Al-Rasid, el de las *Mil y una noches*, y su hijo al-Mamun fundaron lo que se llamó la *Casa de la Sabiduría*, que fue, fundamentalmente el lugar en el que se reunieron cuantas obras de todo tipo, y sobre todo científicas, fueron recogiendo los árabes a su paso por los distintos países que dominaban. En esta misma *Casa* se traducían al árabe tales obras. Los lugares de donde procedían fueron tres: Persia, la India y Grecia. Los musulmanes pusieron de su parte una enorme curiosidad y un respeto aún mayor por preservar cuanto ciencia les llegaba y divulgarla. Al darla a conocer por el mundo iban a alcanzar dos importantes logros: de una parte iban a permitir que toda (o al menos una porción importante) la ciencia griega se conservara y pudiera llegar hasta el Renacimiento; de otra, sus propios sabios pudieron, al amparo de esta ciencia griega e inspirados por ella, desarrollar una ciencia propia que iba a llenar todo el período que va de los siglos VIII al XIII. En esto yo he visto siempre un paralelismo con la cultura romana: tanto o más que creadores, su valor será fundamentalmente de recopiladores y transmisores.

En Al-Andalus, en la España musulmana, los árabes iban a encontrar textos latinos que se guardaban en los monasterios, además de lo que en Toledo, la corte visigoda, encontraron. Como

buena parte de aquellos textos latinos estaba inspirada, a su vez, en obras griegas, quiere decir que al traducir las obras latinas los árabes iban a encontrar muchas de las noticias que ya traían sus hermanos de Oriente. O sea, lo griego fue doble fuente de información para los musulmanes de España, los andalusíes; las continuas citas que de ellos hacen lo demuestra. En el campo de las ciencias en general los nombres de Aristóteles, Hipócrates, Dioscórides y Galeno son constante referencia. En el campo específico de la agricultura se unen a ellos los de Columela, Varrón y Virgilio.

Y volvamos, de nuevo, a nuestro tema. Los animales de los que nos hablan los tratados agrícolas árabes son básicamente los mismos que en una granja o en un cortijo de nuestros días y de nuestros campos podemos ver. Allí aparece ganado vacuno, ganado lanar, ganado cabrío, caballos, asnos, mulos, palomas, gallinas, patos, perdices, torcaes, abejas y pavos reales. Hay curiosas ausencias. Además de los conejos y de los cerdos, éstos últimos por motivos claros de prohibición religiosa, los más llamativos son el gato y el perro. El gato no lo he encontrado recogido en ninguno de los tratados que he utilizado; ni siquiera para cazar ratones, animal éste que se mata o ahuyenta de muchas maneras, algunas tan curiosas como coger uno de ellos, pintarle la cara de rojo y dejarlo suelto para que los otros, al verlo, se asusten, o bien despellejarlo y soltarlo, también para asustar a los que lo vean. Una posible razón para que el gato no aparezca podría ser que en muchas ocasiones se le ha considerado como animal con mal de ojo.

En cuanto al perro, que por lógica es el animal casi imprescindible en una casa de campo, apenas se dice algo, esporádicamente, y cuando se cita se hace siempre en función de sus tareas de cazador o, en algún caso, como guardián de la casa o del ganado. Incluso en este último caso no se habla para nada de sus características físicas o de sus cualidades; simplemente se indica que para tal número de ovejas debe haber un perro que las guarde. Nada más.

Hay otro animal que a mí me ha sorprendido lo poco que se cita. Es el camello. Conocedor de la lengua árabe, habiendo manejado diccionarios en los que en cada vocablo aparece una alusión a él, habiendo leído algo de su literatura (sobre todo de su poesía) y viendo como este animal era siempre una figura que se citaba y destacaba, esperaba encontrar mucho más en las obras de agricultura. Si en la España musulmana podría ser hasta cierto punto lógica esta carencia, en Oriente es más extraño. Pero es así. En mis intentos por buscar explicación a estas ausencias, en unos casos, o al desinterés de los otros, he pensado si lo que se destacaba de cada animal era la utilidad que pudiera tener y, sobre todo, los frutos que pudieran dar. Y en este aspecto, este grupo estaba en desventaja respecto a los demás.

Vamos a ocuparnos de los que sí se estudian. De la relación que antes hacía, cuando de ellos se interesan los árabes casi siempre se cuenta lo mismo de todos. Se comienza por explicar sus características físicas, cuáles son los modos para conocer a los mejores ejemplares, cuál es la época de apareamiento, la duración del embarazo, el parto, la doma de los indóciles, la alimentación, las principales enfermedades y los modos de curarlas. Claro que no de todos se dicen las mismas cosas, pero en general es así, y como se puede ver el estudio que se hace es bastante completo. Hay en todo lo que se dice una mezcla entre lo lógico, lo práctico y lo fantástico, lo mágico y lo supersticioso. Como antes apuntaba, casi todo este último aspecto corresponde a noticias tomadas de autores griegos.

Como el número de los animales que aparecen es bastante alto, he creído oportuno hacer una selección que, por otra parte, obedece al interés que cada uno de ellos merece dentro de estas obras. O sea, trataré los más estudiados, que, por lógica coincidencia, son los que más papel tienen en la vida del campo. Adelanto que hablaré del ganado vacuno, el lanar, el cabrío, las abejas y las palomas, para, por último, dedicar una mención especial al caballo.

Vamos pues a empezar por el ganado vacuno. El toro o el novillo que se elija para casta debe ser de alta estatura, corpulento y bien plantado, de cara adusta, ojos bermejos, hocico redondo, de rollizos y gruesos muslos, hermosos pechos, hundido de costillas, de pelo rojizo y piernas negras. La

vaca ha de ser larga de espinazo, de frente ancha, ojos grandes, redondos y muy negros, cuello grueso, pecho ancho, alta la parte anterior del vientre, con los brazos y las piernas iguales, buenas ancas, cola cumplida con cerdas largas en el extremo y sin que se rocen sus pies al andar.

La edad ideal para que empiecen la reproducción es de tres años para las hembras y cinco para el toro, que es la edad en que alcanza su plenitud. En cuanto al límite normal de vida oscila entre los quince y los veinte años.

Entre sus enfermedades más frecuentes figuran la gota, que se cura untando las pezuñas con cera o con aceite, las heridas, que se curan, entre otros modos, con una cataplasma de malva silvestre, y el frío que afecta a sus pies, que se remedia, entre otras formas, untándoselos con ajo o con pasas. Como medida preventiva para conservar en buen estado de salud a este ganado se aconseja que los bueyes que realicen labor de arado se sangren de las dos venas de la cerviz en el mes de junio. También para prevenir y evitar las picaduras de las moscas, que pueden producir enfermedades, se aconseja rociarlos con un cocimiento de hojas de adelfa.

Para engordarlos es conveniente usar yerros, arvejas remojadas en vinagre, cebada y algunas frutas, como higos y pasas. Se dice que si del pesebre de un buey se cuelga una cola de lobo, no prueba bocado mientras esté colgada allí.

En cuanto a los procedimientos para domar a los indóciles, he seleccionado tres: poner ajo machacado sobre sus astas, insuflarles por la nariz rosa pulverizada y untarle la verga con aceite.

La práctica totalidad de las noticias proceden de autores griegos, y en muy alto porcentaje de Aristóteles. En la sangría es donde únicamente parece hablar el autor de la obra (Ibn al-'Awwam, un sevillano de los siglos XII-XIII) por propia experiencia. Entre todas las noticias, ésta es una de las más sensatas y prácticas.

Del ganado lanar también se ocupan con cierta amplitud los tratados agrícolas. Lo primero que se indica es lo útil que resulta su estiércol y, enseguida, se pasa a su descripción física. La oveja mejor para casta es la joven, lanuda, de lana suave, larga y pareja, que le cubra hasta el vientre. La cabeza será pequeña, el cuello largo, los ojos dulces, las narices unidas y prominentes, graciosos cuernos, vientres gruesos y piernas y ancas altas. Los carneros de buena raza deben ser anchos, grandes, de ojos bermejos, lana blanda, cuernos delgados, cola bien poblada y testículos grandes y sin mancha.

La edad adecuada para que el carnero comience a cubrir a la hembra son los tres años. Por lo que se refiere a su vida, oscila entre los diez y los quince años.

Hay un curioso procedimiento para averiguar el color del cordero que va a nacer. Si se le miran los dientes a la madre y ésta los tuviera blancos, el cordero será blanco; si los tuviera negros, negra será la cría y si los tuviera pintados, así también será el cordero que nazca.

Se dice que las ovejas de cola gruesa y ancha son más fuertes que las de cola larga y delgada y que las que tienen la lana excesivamente larga sufren más el frío que las que la tienen corta.

Entre las enfermedades que más les aquejan figuran la sarna, que puede curarse con una mezcla de orina de buey y azufre, o la tos, que se trata dándoles de beber aceite de almendra.

Como alimento que les sirva de engorde figuran las lentejas, la bellota y el pasto en general. Se recomienda mucho darles sal, que, además, les obliga a beber agua en abundancia, lo que es beneficioso para mantenerlas sanas y para dar mucha leche. Hay otro procedimiento para que den mucha leche y es colgarles del vientre un manojo de rosas silvestres.

Como ya ocurriera con el ganado vacuno, vuelven a ser los griegos los que prácticamente den todas las noticias.

Muy ligado con el ganado lanar, el cabrío es tratado junto con él en las obras de agricultura. Nos dicen que las mejores cabras son las perfectamente sanas, graciosas, de buenos colores y de muy largo pelo. Los machos que se elijan para padres serán corpulentos, de anchos costados, grandes pechos, pelo bien largo, blancos, de gruesos y cortos cuellos y que busquen a las hembras con mucho celo.

Sobre este último punto, se cree que los ejemplares demasiado gruesos son menos celosos que los delgados, por lo que se aconseja adelgazarlos antes de presentarlos a las hembras.

La cabra es animal que prefiere los lugares montañosos para pastar.

Las orejas es algo que llama la atención a algunos autores. Se dice que hay cabras que las tienen de un palmo y medio de largas y otras más aún, tanto que tocan con ellas el suelo.

Entre las curiosidades que se recogen, se nos indica que si al macho cabrío que tiene tendencia a huir del rebaño se le cortan las barbas cerca de la primavera, no se separará de él.

En cuanto a la manera de aumentar la leche, se recogen dos procedimientos: darles de comer yeros y, a las recién paridas, ligarles los vientres y las piernas.

Otros dos grupos de animales interesaron mucho a los árabes de España: las abejas y las palomas. De las primeras se nos habla sobre las diferencias físicas entre las reinas y las obreras y sobre como son engendradas. Acerca de esto último existen dos teorías. Una dice que las abejas proceden de macho y hembra, como cualquier otro animal; la otra es que vienen de ellas mismas, ya que si descansan sobre barro de agua de cielo, inmediatamente después de la lluvia, se fecundan con él.

El macho carece de aguijón y no fabrica miel; cada vez que sale de la colmena, toda su comitiva vuela detrás suyo. Es frecuente que las hembras lo maten porque no trabaja.

Las hembras, que son las verdaderas obreras, deben ser pequeñas, de cuerpo redondo y de color vario, señales éstas que distinguen a las nobles del resto. Las que pastan en los montes y selvas son más pequeñas y dan más miel.

En cuanto a la edad, se conocen porque las viejas son peludas y las jóvenes lampiñas.

Las colmenas deben hacerse de madera de alerce y barro de buena calidad y olor agradable. Hay otros que las hacen de corcho y otros que las fabrican con un cesto embadurnado de barro; otros, en fin, las hacen preparando unos huecos cuadrados o redondos dentro de una tapia. Se dice que es bueno colocar frente a las colmenas unas piedras con surcos que almacenen el agua. También se debe cuidar el que se siembren en sus alrededores plantas como la ajedrea, el ajenuz, el arrayán o el rosal y que haya árboles como el almendro o el granado, pues así la miel será dulce y perfumada.

Entre las cosas que pueden aquejarles están el piojuelo y los gusanos que se crían en la colmena, para lo cual será oportuno rociar ésta con flor de granado molida y mezclada con miel.

Acerca de las curiosidades que se cuentan de este animal, se dice que si se fabrican abejas de oro y se colocan sobre las colmenas, aumentará sensiblemente su reproducción y su actividad. Otro hecho fantástico es el que se cuenta a propósito de cómo foman un nuevo enjambre. Consiste en matar un ternero, luego coserle todos sus orificios naturales, untándolos con pez líquida para taponarlos totalmente. Entonces se mete en una habitación cuya puerta y ventanas se tapien. Pasado algún tiempo (unas seis semanas) se abre la habitación y se encontrará el esqueleto limpio y con racimos de abejas colgando de sus costillas y de sus cuernos. Se dice que la reinas nacen del cerebro del ternero y las obreras del resto del cuerpo.

De las palomas lo primero que se hace es distinguir entre las domésticas y las silvestres o torcaces. Se dice que las primeras son más hermosas y que, de entre éstas, las mejores son las más corpulentas, las más arrulladoras y las que tienen los pies calzados de plumas. El color debe ser mezclado.

Los palomares deben estar bien resguardados para que en ellos no entren insectos. Cada uno debiera tener al menos tres ventanas: una de ellas, grande, en el techo, para que por ella entren y salgan las palomas; otra, pequeña, hacia oriente y la tercera, también pequeña, hacia poniente. Si se le colocan, además, dos agujeros hacia mediodía y otros dos hacia el sudeste, quedará completo. La puerta debe situarse mirando a poniente. El palomar mejor es el de forma cónica, rodeado de nichos que ocupen unos dos tercios de la parte inferior.

Los palomares no deben estar cerca de los ríos ni de los árboles, para evitar los animales que en estos parajes viven y pueden ser dañinos a las palomas.

El alimento que mejor les aprovecha son las lentejas, la cebada, el alazor, el trigo, las arvejas, la linaza y los cominos. Para engordar a las crías es muy bueno darles de comer habas cocidas y pan remojado.

Son enfermedades frecuentes en ellas la angina, que se cura frotándoles la lengua con aceite de violeta y ceniza y sal, el piojillo, que se trata untándoles las plumas con azogue disuelto en aceite de violeta, y la cesación de aovar, para curar la cual se les da de comer una mezcla de mirobálanos amarillos, pimienta, dátiles y miel, todo bien molido y amasado.

El elemento fantástico está presente en que si se echan en el palomar cabezas de murciélago, nunca se irán de él las palomas. También se dice que si se entierra un vaso con leche de mujer primeriza, aumentará la procreación de las palomas (yo aquí veo una relación de fecundidad que se traslada de la mujer a ellas).

Las palomas mensajeras siempre tuvieron un importante papel en la historia. Los árabes supieron también valorar su utilidad y las emplearon con mucha frecuencia para enviar mensajes tanto en tiempo de guerra como de paz. El modo de adiestrarlas está minuciosamente descrito en las obras de agricultura. De una de ellas, escrita por un sevillano del siglo XI, Ibn Hayyay, extraigo estas noticias.

Es imprescindible habituarlas al lugar por etapas y muchas veces se debe comenzar poniendo una señal en una azotea y dándoles de comer allí por la mañana y por la noche. Luego se sueltan y se les deja volar cerca, sabiendo que habrán de volver al lugar donde han comido. Después se selecciona una pareja de palomas. A una de ellas se le corta las alas para que no vuele y así la otra, no se irá muy lejos sabiendo que su compañero o compañera está esperándola. Luego se cambia la pareja, cortándole las alas a la otra.

Cuando están habituadas al lugar y se sabe que siempre vuelven, se les irán marcando sucesivas etapas, en cada una de las cuales se colocará una señal que les permita reconocer la zona. Así se irán aumentando los recorridos. Se cuidará que siempre quede una de ellas en el lugar de origen, porque así la otra volverá a su querencia. Las etapas más difíciles son las de mar y las de los desiertos, porque allí es muy difícil colocar señales.

Hasta aquí la referencia a las palomas.

Y llegamos al caballo. El caballo va a ser, sin discusión, el rey de los animales para el árabe. Al caballo se le dedicarán obras específicas en las que se habla de sus características y sus cualidades, sus utilidades en la paz y en la guerra, su belleza, su fidelidad. Curiosamente, incluso la misma palabra *al-baytar* procede del griego *ippiatros*, caballo.

La amplitud de noticias que sobre el caballo hay es enorme. Tanto y tan detallado es lo que se dice de él que sería imposible exponerlo aquí. Para dar una idea de ello, baste enumerar los distintos aspectos que se tratan.

Se dan normas para conocer la edad del caballo, se detalla cómo debe ser su alimentación y qué forma debe tener el pesebre, se dan noticias acerca del revolcadero, se explica cómo domarlo y cómo prepararlo para las carreras y luego sigue una amplia relación de enfermedades que le puedan afectar y el modo de curarlas. Las enfermedades se ordenan según las que afectan de la cabeza a los pies (o a los cascos, para ser más exacto), siguiendo con ello el mismo orden que se usa en los tratados árabes de medicina humana. Así, se nos describen dolencias del exterior de la cabeza, otras que afectan al ojo, enfermedades de la nariz, boca, labios y dientes, enfermedades del cuello y la garganta, dolencias del cuerpo en general, tales como mataduras, dolores de corazón, de hígado, bazo o riñones, problemas de orina, estreñimiento, dolores de vientre y problemas en la verga, los testículos, el ano y la cola. Finalmente, se ocupa de las enfermedades de las patas y los cascos. En cada caso describe el remedio oportuno, que en muchas ocasiones puede ser muy variado. En general los síntomas corresponden a los autores griegos y los remedios a los árabes.

Prácticamente cuanto al caballo se refiere muestra una gran lógica y el elemento mágico-supersticioso es mínimo o nulo. Hay también una cosa muy clara y es el tremendo amor de los árabes por los caballos. Este amor comenzó en el mismo momento en que lo conocieron, momento que ellos remontan al origen del mundo.

Un granadino del siglo XIV, Ibn Hudayl, nos transmitió el relato de su creación, tomado del profeta: "Cuando Dios quiso crear el caballo dijo al viento del sur: de tí produciré una criatura que será la honra de mis allegados, la humillación de mis enemigos y la defensa de los que me acatan." ¡ Sea !" respondió el viento. Cogió Dios entonces un puñado de viento y creó el caballo. Le habló así: te llamo caballo, te doy raza árabe, a tu crin anudo el bien, cabalgándote se logrará el botín, la gloria se hallará donde tú estés. Yo te distingo de todos los animales, sobre ellos te hago señor; la querencia de tu amo te concedo, te permito volar sin alas. Entre los animales bendito seas.

Enseguida fue presentado a Adán, junto con toda la creación y, después que éste hubo dado nombre a todos, le conminó Dios: "Elije lo que quieras!" Y Adán escogió el caballo. Dios le dijo: "Elegiste tu gloria y la gloria de tus descendientes; existirá mientras ellos existan; vivirá mientras ellos vivan. A tí y a él bendigo. A ninguna otra de mis criaturas distingo como a vosotros".

Este relato, aparte de su belleza, ya nos da idea de como los árabes unían casi indisolublemente al caballo y al hombre, considerándolos los primeros elegidos de la Creación. La unión caballo-hombre, por otra parte, no es nueva: pensemos en los centauros de la mitología griega; y la identidad hombre caballo para estar presente en la figura del jinete. Recordemos cómo en el momento de la llegada de los españoles a América, los indígenas que veían por vez primera al caballo, no supieron distinguirlo del hombre que lo montaba y lo creyeron uno solo.

Tampoco, como decía, los árabes fueron insensibles a esta atracción. A un sabio que le preguntaron: "¿Cuál es la riqueza más grande?", respondió: "Una yegua seguida de un caballo y llevando otro en el vientre".

Desde muy pronto, ya hemos visto que lo hacen remontar a la Creación, los árabes amaron al caballo. Todo les ataría a él. Era útil en la labor, era imprescindible en la guerra y, además y tal vez sobre todo, era bello, noble, arrogante. Podía ser insustituible compañero de viaje. Con él el camino se hacía corto y grato. Cabalgarlo suponía el placer de lanzarlo a la carrera, de saltar, a él al que Dios le había dicho: "te haré volar sin alas"; en el combate su relincho aterrorizaba al enemigo.

Amantes del caballo y también buenos conocedores. Por eso, cuando lo describen el retrato es cumplido. Del caballo que se guarda para padre se dice que debe ser: "Aquel cuyas cualidades excelentes lo sean en grado perfecto, cuya raza sea conocida, de cuya robustez se tenga conocimiento práctico. Ni han de ser impotentes por mucha edad ni débiles por poca; esto es que ha de pasar de cuatro años hasta diez. Uno de los medios que te indica su vejez es que si cogiendo y tirando hacia tí con tus dos dedos pulgar e índice la piel de su frente y después soltándola de pronto, se restituya con la misma presteza, quedando igual en su sitio como antes estaba". "Debe ser de engallado cuello, muy robusto, de regular talla y largura y de un pisar firme, ágil y brioso".

"Las mejores hembras son las corpulentas, de conocida robustez, sanidad y gentileza, las de mayores y más anchos vientres, pintadas en la frente de una estrella blanca, de una buena estampa y de tres a diez años".

Si se cuida que los padres tengan las características que se han descrito, el fruto será un potro que tenga la cabeza pequeña, el cuello largo, las orejas enjutas, agudas, levantadas fuertes y flexibles, semejantes a la hoja de murta, de largas y enjutas mejillas, copete poblado, colodrillo estrecho, frente ancha, ojos negros y vista aguda, nariz de anchas y negras ventanas, boca rasgada, de pecho ancho, cerviz levantada en su nacimiento, cruz alta y larga, vacíos flexibles, vientre arqueado, nalgas redondas, cortas e iguales, de cola corta de mazo y de largas cerdas, muslos gruesos y redondos, canillas grandes, piernas delgadas, cuartillas cortas y gruesas, cascos negros y pelo suave. Además ha de ser de cabeza erguida y de corazón vivo, que muestre alegría y brío al montarlo".

Que los caballos padecen enfermedades, que los hay indóciles y malformados, que tienen hambre y sed como las demás bestias, es todo sabido y ya algo se ha apuntado. Pero todo ello son pequeñeces y debilidades que no deben distraernos del recuerdo de este animal considerado por los árabes el mejor y el primero.

LA CASA DE CAMPO

Quiero finalizar reflejando cómo era la casa en la que los dueños de estos animales vivían. De ellos, de los animales y su lugar de estar, sólo decir que se prefería que los establos y corrales fueran amplios para poder guardar también en ellos los aperos de labranza, y que debían estar situados en la entrada de las fincas. Era conveniente que estuviesen rodeados de soportales que los protegieran del aire frío y los vientos fuertes.

De la casa se nos dice: “Para su emplazamiento se debe elegir un altozano que facilite su guarda y vigilancia. Se orienta el edificio a mediodía, a la entrada de la finca, y se instala en lo más alto el pozo y la alberca, o mejor que pozo se abre una acequia que corra entre la umbría. La vivienda debe tener dos puertas, para que quede más protegida y sea mayor el descanso del que la habita (en esto no coincide con nuestro dicho: “casa con dos puertas, mala de guardar”).

Junto a la alberca se plantan macizos que se mantengan siempre verdes y alegren la vista. Algo más lejos debe haber cuadros de flores y árboles de hoja perenne. Se rodea la heredad con viñas y en los paseos se plantan parrales.

A cierta distancia de las viñas, lo que quede de finca se destina a tierra de labor y así prosperará lo que en ella se siembre.

En los límites se plantan higueras y otros árboles análogos. Todos los grandes frutales deben plantarse en la parte norte, con el fin de que protejan del viento al resto de la heredad.

En el centro de la finca debe haber un pabellón dotado de asientos y que dé vista a todos lados, pero de tal suerte que el que entre en él no pueda oír lo que hablan los que están dentro, procurando que el que se dirija allí no pase inadvertido. El pabellón estará rodeado de rosales trepadores y macizos de arrayán. Será más largo que ancho, para que la vista pueda explayarse en su contemplación.

En la parte más baja se construirá un aposento para huéspedes y amigos, con entrada independiente y una alberquilla oculta por árboles a las miradas inoportunas. Si se añade un palomar y una torreta habitable, no habrá más que pedir”.

Esta era la casa de campo ideal para un árabe español del siglo XIV (el almeriense Ibn Luyun). También podría serlo para nosotros hoy. Todo lo tiene: agua, frescor, árboles, flores, umbría. Alguien, a quien quise mucho, solía decir esta medio oración medio refrán: “Dios nos dé salud y gozo, casa con jardín y pozo”.

BIBLIOGRAFIA DE REFERENCIA

C. ALVAREZ DE MORALES, "La Zootecnia en los textos agrícolas árabes", *Ciencias de la Naturaleza en Al-Andalus. Textos y Estudios. I*, Granada - C.S.I.C.- 1990, págs. 81-91.

C. ALVAREZ DE MORALES, "Un tratado granadino de hipiatría", *Homenaje al Prof. Darío Cabanelas Rodríguez*, Granada - Universidad- 1987, vol. II, págs. 305-312.

IBN AL-AWWAM, *Libro de agricultura*, ed. y trad. J. Banqueri, 2 vols., Madrid 1802 (repr. facsímil, Madrid - Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación- 1988).

IBN HAYYAY, *Al-Muqni' fi l-filaha*, trad. castellana de J. M^a. Carabaza Bravo, Granada - Universidad- 1988 (repr. microfichas).

IBN HUDAYL, *Gala de caballeros, blasón de paladines*, trad. M^a.J. Viguera, Madrid - Editora Nacional- 1977.

IBN LUYUN, *Tratado de agricultura*, ed. y trad. J. Eguaras, 2^a ed., Granada - Patronato de la Alhambra y Generalife- 1988.

